

# EL ECO LIBERAL

SEMANARIO POLÍTICO, LITERARIO Y DE INTERESES MATERIALES  
SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS

AÑO I	SUSCRIPCIÓN	DIRECTOR	COMUNICADOS Y ANUNCIOS	NÚM. 20
	Elche, trimestre, P50 pesetas. Fuera, id. . . . . 2'25 id. PAGO ADELANTADO Número suelto 10 céntimos.	<b>D. Pedro Llorente</b> Elche 15 de Agosto de 1891	PRECIOS CONVENCIONALES. No se devuelve ningún original. Redacción y Administración Puente Ortices, 8	

## Á NUESTRA PATRONA LA VIRGEN DE LA ASUNCIÓN

EL 15 DE AGOSTO.

Grande es el gozo que siente en este día el cristianismo entero, pero especialmente los ilicitanos; los hijos de la antiquísima Colonia, joya preciada de Julio César y de Augusto; los que vieron el primer rayo de luz reflejado en los brillantes de la Corona de María Santísima de la Asunción, Patrona dulce, madre amorosa de esta querida Patria mía; los que acalló su primer lloro, el tranquilo rumor de las palmas agitadas suavemente por las matinales brisas; los que secaron su primera lágrima con el calor del manto de la Virgen; aquellos, a quienes el primer objeto que les entretuvo y llamó la atención fue, el bendito escapulario con la imagen de María que lo estrechaban con su manecita y oían, como primera palabra del labio de su madre «La Mare de Deu». Estos, sí, estos son los que verdaderamente sienten las grandes satisfacciones de este día, feliz, dichoso, sublime, santo. De este día, en el que tenemos el recuerdo de todas nuestras grandezas, de todas nuestras glorias, como si viéramos abierto ante nuestros ojos el libro de nuestra envidiable historia. De este día en que se presentan a nuestro espíritu, nuestros guerreros, nuestros obispos, nuestros sabios, nuestros historiadores de los tiempos pasados, unidos por estrecho abrazo con los hombres de valor y de ciencia de nuestra edad presente. De este día en que el júbilo se engrandece y el pesar se dulcifica. De este día en que las ofensas se olvidan y el perdón se abre paso en el camino del resentimiento. De este día en que todos los corazones laten impulsados por el mismo religioso pensa-

miento. Día en que los ilicitanos obligados a vivir allende los mares, esperan con ferviente ansia las seis de la tarde para pedir a su Patrona todo lo que desean y cayendo de rodillas exclaman: «¡Dios te salve, Reina y Madre!» Día en que el desgraciado delinente nacido en esta tierra privilegiada, cumple su condena falta de libertad en apartada reclusión, y espera el momento inefable y santísimo de la Coronación para gritar: «¡Madre de la Asunción, sácame de aquí, llévame a Elche, déjame entrar en Santamaría, que yo te vea, que yo te rece, que yo te lllore, que yo ponga mis labios en el pavimento marmóreo de tu suntuoso Camarín y así postrado, te diga mi arrepentimiento y mi firme propósito de enmienda. En este día nos encontramos, queridos ilicitanos: venid, venid conmigo y recorramos juntos las engalanadas plazas y calles de nuestra ciudad. Vedlas atestadas de gentes que en alas de la fe sacrosanta, vienen de lejanas tierras a cumplir sus promesas, y presentar sus ofrendas a nuestra Patrona. Vedla que sale en procesión acompañada por millares de fieles, en cuyo semblante se revela la indescriptible alegría que inunda sus corazones. Sí, repítamolo. Este es nuestro día, dichoso, feliz sobre toda ponderación.

Este es el día de esta ciudad y de los ilicitanos: sí, Soberana Emperatriz de todos los cielos.

Aquí veneramos la pila que contiene las aguas bautismales que dieron el ser de gracia a nuestros hijos, como veneramos el sepulcro que guarda las queridas cenizas de nuestros padres.

El gentío que llenaba las calles ha desaparecido.

El silencio ha sustituido a la extraordinaria algazara y al singular bullicio que tenía animada la población, y sin embargo no ha llegado la noche. El sol derrama su purísima luz desde occidente iluminando toda la campiña. ¿Dónde están? ¿Dónde han ido? Venid, vamos al templo. Allí están.

¡Oh! Quien supiera describir el aspecto del Santuario de María. Todas las naves, todas las capillas, las tribunas todas y hasta los terrados, están ocupados por gentes que se estrechan y se apiñan y se molestan, pero que todas sufren sin exhalar una queja. ¿Y esto porque?... Porque todos quieren que sus hermanos presencien el acto sublime y conmovedor. Todos quieren ver a la Santísima Virgen y todos con unánime sufrimiento, se toleran las molestias.

Se acerca el final de la función. Sale la Santa Imagen del sepulcro en el *Araceli*. El coro de ángeles que la acompañan en la Asunción, entona el religioso canto y todos los fieles contemplan a la que les alivia en sus quebrantos y es consuelo de todas las aflicciones. ¿Te vas? ¿Te vas y nos dejas en *este valle de lágrimas*? No apartes de nosotros *esos tus ojos misericordiosos*.

¿Y no has de volver, amorosísima madre? ¿Y dejas a tu pueblo y dejas a tu Elche? No, no te vanas, no.

Magestuosa como la nube del incienso, ligera como el vapor en los valles se levanta y se acerca a los cielos donde la espera la Trinidad beatísima, con la Corona que vá a hacerla Emperatriz de todas las glorias y Soberana de todas las criaturas.

El esperado y feliz momento se acerca. Todas las cabezas se levantan hacia el cielo; todos los rostros

Escrito por la suscritora

se encienden y laten todos los corazones al mismo impulso. La madre levanta en brazos al tierno hijo, como queriendo acercarlo al celeste grupo: todos tiemblan, todos esperan, todos son atraídos por un misterioso imán al mismo punto; el entusiasmo de la fe llena todos los pechos; descende la Corona; la cojen los ángeles y la colocan sobre la cabeza de su Reina; una explosión de santo entusiasmo comprimido, produce el llanto que inunda todos los ojos y todos los pechos respiran y de todos los labios, de todos absolutamente, sale el grito sacrosanto, conmovedor... *viva Maria Santísima* y el órgano y la música y las campanas, nos dicen cada uno en su lenguaje... ¡hoy es el día de los ilicitanos!

LUIS G. LLORENTE DE LAS CASAS.

## Elebe y su Patrona

A MI RESPETABLE Y DISTINGUIDO AMIGO  
D. E. DE H. Y N.

¿Qué ocurre en ese templo dó apiñado todo un pueblo se vé, con ansia ardiente de querer penetrar entusiasmado en su recinto estrecho á tanta gente?

Ilicitanos son; de fé cristiana el alma llena, el corazón henchido, vuelan al templo donde en áureo nido se ostenta su Patrona soberana.

Es el quince de Agosto; en ese templo de otra piadosa edad mudo testigo, como és de la presente vivo ejemplo, hoy á su cielo amigo

con fé en el alma y con ardor creciente, el pueblo de Elebe, todo congregado rinde el tributo de su amor ferviente.

Nó el amor material de un imposible, nó el cariño que inspira un bien soñado, sino el afecto puro, inextinguible, que en el sér de su sér vive encarnado.

Sublime es la deidad á quien adora, de la madre de Dios divina hechura, iris de bienandanza á quien implora en sus lúgubres horas de amargura.

¡Virgen de la Asunción!, dulce María á cuyo nombre santo el astro rey del día por el espacio extiende el ígneo manto de luces y colores que dá vida á los campos y á las flores!

Hosanna, hosanna, emperatriz del cielo, manantial de dulzura, inagotable fuente de ternura, tesoro de bondad y de consuelo!

Por tí las rosas del vergél brotaron y del émit colgarónse los tales, y las lejanas bóvedas azules con botones de fuego se esmaltaron.

Y por tí los abismos de los mares veneros son de conchas que, en su fondo, cobijan á millares ricas perlas preciosas para labrar coronas primorosas guirnaldas y collares, que á tu cuello ceñidas las más bellas, como el sol que fulgura y con su brillo eclipsa las estrellas así las oscurate tu hermosura.

¿Cómo cantarte á tí? Cómo mi acento aunque raud se eleve por el viento no ha de extinguirse mudo, si el solio augusto sobre el cual te asientas de la fé y la virtud invicto escudo,

que no acierta la pobre lengua humana á explicar su grandeza soberana.

Más bardo soy, que de mi amor en prenda, hoy quiero consagrar en tus altares estos tiernos cantares; tú harás; oh Virgen! que en tu amor me encienda la sacrosanta fé que en esos lares me inspiró con cariño, la inmortal tradición de tu leyenda que apdrieron mis labios siendo niño.

Y á mi voz prestarás las melodías de tu coro de alados serafines, las rítmicas sonoras armonías que resueñan del cielo en los confines, palpitan en la atmósfera azulada, y en esos claros y serenos días en alas de la brisa enamorada, llegan hasta la tierra alborozada y la inundan de santas alegrías!

Divina inspiración, luz del poeta, rayo de sol que brillas refulgente, constante aspiración del alma inquieta, alumbre tu esplendor mi estéril frente.

Vén á mis manos, ven, arpa sonora, lanza al viento tus notas inspiradas, y á la egregia Señora ensalza con endechas delicadas.

Ella és de un pueblo insignie protectora, bajo el amparo de su régio manto, halla consuelos el mortal que llora y encuentra alivio el triste en su quebranto.

*Ilici* augusta, de mi padre cuna, cuna también feliz de mis amores, en cuyo suelo siempre la fortuna me prodigó risueñas sus favores; oasis deleitoso de mi vida y bálsamo eficaz á mis dolores, tú fuiste para mí, rayo de luna que con amante exceso,

del sol templa en la noche los ardores y el abrasado cáliz de las flores refresca con la savia de su beso.

Cuántas veces ¡oh! cuántas recorriendo tus huertos y alamedas en esas horas por lo tristes, santas, oyendo murmurar las auras ledas jugando en tus extensos palmerales, viendo que el sol se hundía en el ocaso, fui buscando las sendas desiguales, y con tranquilo paso regresaba á mi hogar, no sin que á veces, detuviérame absorto en la llanura, para elevar mis preces á la mansión eterna de ventura,

al escuchar las lentas campanadas que desde la alta torre, el vago viento en sus hondas sonoras conducía, piadosas recordando al alma mía las frases por el ángel pronunciadas, la poética y dulce *Ave Maria*.

Mecidas por el viento las cimeras de tus bellas palmeras, producen en el bosque mil rumores ora imponentes, ora halagadores, que en aquella campiña solitaria, remedos son de la íntima plegaria que tu cristiano suelo, en himno colosal de forma vária hace que suba de la tierra al cielo.

Tú fuiste en otro tiempo *Ilici* augusta, el honor y la gloria del romano, el emporio del seno ilicitano en arte, en ciencias y en valor robusta.

Y aún en tu suelo guardas los vestigios de tu antiguo esplendor y tu renombre, aún la mano del hombre los restos sabe hallar de tus prodigios, removiendo las capas de la tierra que ocultan del romano la memoria.

despojos de alta prez, rastros de gloria que la *Aleudia* inmortal avara encierra, y *Algorós* eterniza ante la historia.

*Colonia immune* de tu tiempo atleta y orgullo siendo de la tierra hispana, tras largo asedio y lucha sobrehumana holló tu suelo el hijo del profeta.

Y aún desprecia del tiempo las injurias símbolo de tu fama y tu renombre, sultana que respetan las centurias, la severa y maciza *Calahorra*, vieja matrona que amparó tu nombre que á través de los siglos no se borra.

Más cayeron tus fuertes torreones, se hundieron tus murallas de granito y al paso de infinitas vejaciones calmóse de tu ardor el noble grito.

Hasta que, al fin, en tu esplendente cielo lució la bella aurora nuncio de paz, de dicha y de consuelo, con que le plugo á Dios calmar tu duelo dándote en prenda á tu inmortal Señora

Imágen veneranda que en *Ilici* eres sostén amparo y regocijo, ama á tu pueblo y cual la madre al hijo estréchalo con íntima caricia.

Y ya que de bondades eres fuerte, propicia acoge mi modesto canto, y en premio de mi amor inmenso y santo caiga tu bendición sobre mi frente!

MIGUEL LLORENTE Y MARBEUF.

Alicante y Agosto 1891.

## ¡QUÉ TE VUELVA A VER!

No tenía conciencia de mis actos.

Ignoraba lo que era el dolor. En mi alma, no habían abierto ninguna herida, las pérdidas armas con que de continuo nos acecha la sociedad.

Ignoraba el sufrimiento. Mi imaginación no reflejaba más que risueñas ideas; mis ojos, no tenían más norte que los de dos seres, que constituían toda mi felicidad, toda la dicha que el mundo puede encerrar, se contenía en aquellos, y cuando con amor me miraban, nada igualaba mi dicha.

De pronto, me ví postrado ante un arca que guardaba preciosa joya.

Iluminaba aquella escena, la pálida luz de dos velas. Dentro de aquella arca se encerraba sonriente y dulce, como la tibia luz de la mañana, como la sonrisa que borda los labios del niño que sueña con el dulce regazo de su madre, la tierna Imágen de la Virgen de la Asunción, mirándonos con esos ojos de amor, que son el espejo de las almas de todos los ilicitanos.

Hicieronme postrar, besarle los pies; y la voz de mis padres, sonó en mis oídos diciéndome; pídele á la Virgen que la volvamos á ver.

La ley terrible de la existencia, la lucha por la vida, nos obligaba á separarnos de su lado.

Desde aquel día, no han cesado mis labios de repetir: ¡Virgen que te vuelva á ver!

De los que figuraban en aquella escena, solo quedo en el mundo.

Cuando con mis ojos materiales, quiero ver á aquellos seres queridos que se fueron para no volver, corro al rico Camarín donde reina la Virgen santa, miro sus ojos, y en ellos se retratan las sombras queridas de los que fueron, y quedaron grabados en los momentos que le decían ¡Adiós!

Desde entonces ni una sola vez, cuando el destino me arranca de Elebe, dejo de ir á postrarme á los pies de Imágen tan querida, y ni una sola vez dejo de repetir las mismas palabras, que pronuncié cuando niño.

Pero hoy vienen conmigo otros seres, que son alma de mi alma, vida de mi vida, y tú lo sabes bien, tú Virgen santa que lees en el fondo de las almas, tú que penetras en lo más recóndito de nuestro espíritu,

tú que amparas á todos cuantos tenemos la dicha de llamarnos ilicitanos, tú sabes con cuanto fervor y con cuanto fé, pido lo mismo siempre.

Y cuando te elevas á los cielos, buscando el premio merecido por tus sufrimientos en este mundo, cuando en alas del amor por tu divino hijo llegues á cruzar el éter, apoyando tu santo pié sobre ligera nube, cuando el coro de ángeles entone dulces alabanzas á tus virtudes, cuando el mismo Dios salga á recibirte y darte posesión del empirreo, cuando todo esto suceda, en esos momentos en que no hay en los hijos de Elche más que un solo sentimiento, y el mismo pensamiento cruza su mente, cuando las lágrimas salen á torrentes de los ojos, y la voz se anuda en la garganta, cuando tras el estridente ¡Viva! y los sonos de mil músicas pregonen tu gloria, atiéndelos á todos, todos te pipen, yo desde el fondo del alma te pediré una cosa, mi grito será: "¡Virgen de la Asunción, que te volvamos á ver!."

José M. BUCK.

## À MI QUERIDO ELCHE

Por mi suerte bendecida sangre de Elche en mi se encierra, hijo soy, pues, de esta tierra hermosa, grata y querida. La madre que me dió vida muerta en mi infancia la ví y desde que la perdí, aunque á mi afán no le cuadre, no he conocido otra madre que esta tierra en que nací.

Elche está en el pensamiento, Elche en el goce y pesar, Elche dice sin cesar la lengua del sentimiento; siempre de Elche estoy sediento, y mi más grande alegría, al hallarme aquí, sería á él unirme en tierno lazo y estrechar en un abrazo á toda la patria mía.

Quando ese día gozoso del *quince de Agosto* ansiado lejos de Elche me he encontrado mudo, triste y pesoso, con su vuelo misterioso mi espíritu aquí llegaba, un viva á la Virgen daba, al coronarla esplendente, y aunque yo estuviera ausente, mi espíritu en Elche estaba.

Norma de pueblos honrados y de ciudades enteras, ni es Elche por sus palmeras, ni es Elche por sus granados; con él propicios los hados le dieron otro blasón, de más alta distinción, pues todo el mundo pregoná que es *Elche* por su Patrona la Virgen de la Asunción.

José PONS SAMPER.

## TENED FÉ.

En esta época de escepticismo é impiedad, en que algunas teorías mal llamadas científicas y falsas predicaciones pretenden, con tesón digno de mejor causa, y aun logran á veces socavar las creencias religiosas que nos legaran nuestros mayores, patente está á la mirada exheratadora de todo hombre obser-

vador de que en la medida que disminuye la fé, aumentan nuestras desgracias.

Por todas partes oireis hoy hablar de los *derechos* del pueblo, pero nunca de sus *deberes*; se quiere hacer al hombre feliz en la tierra, pero no se piensa, ni una sola vez, en hacerle feliz en el cielo; todo conspira á formar de él un político, pero nada á que resulte un cristiano; se trabaja para que sea sociable, pero no se dá un paso para que sea virtuoso. Así es, que cuando se encuentra un pueblo, en cuyo corazón arde inextinguible la llama de la fé, cimiento de la virtud y de la sociabilidad verdadera, constituye, por su rareza, un feliz y dichoso hallazgo.

Yo no sé si son muchos ó pocos los pueblos que formen esa escepción. Lo que veo con grandísima satisfacción de mi alma es que mi amado Elche, inspirado y protegido por María de la Asunción, figura á la cabeza de las poblaciones cristianas, puesto que frecuentemente viene dando gallardas muestras de su acendrado catolicismo. Tal vez algunos ilicitanos se desvíen de la senda del Bien y de la Verdad; mas por lo comun dura poco ese extravío: nuestra excelsa Patrona, que cual madre caritosa vela por ellos, se encarga de retornarlos suavemente al seno de la religión de nuestros padres.

Quando la preciosa Imágen de la Virgen está suspendida en la Araceli, y entre vítores y aclamaciones se vé caer sobre sus sienes la celestial Corona, no hay hijo de Elche, ni entre los que creen, ni entre los que se figuran no creer, que no olvide sus pasados extravíos, que no sienta en su alma un amoroso transporte, y que humedecidas por el llanto las mejillas no grite con fervido entusiasmo: ¡Viva María Santísima de la Asunción!

¡Dichoso pueblo que tal fé atesora! ¡Bendita mil veces la Virgen de la Asunción que de ese modo mueve sus corazones!

DR. JOSÉ PONS Y PUMARES.

Alicante 11 Agosto 1891.

## UNA PROPOSICIÓN

Elche vistese con sus mejores galas en el día de hoy. Las campanas voltean como locas agitando los vientos con sus bronceas voces. Las músicas hacen del aire pentágrama inmenso donde quedan escritas con el lenguaje del sentimiento sus notas melodiosas. Pueblan el espacio á manera de fugitivos meteoros multitud de alegres voladores que se transforman despues en vistosa lluvia de estrellas y oro. La muchedumbre que recorre las calles retrata en su semblante la alegría que la anima, el júbilo que llena su corazón, el gozo que embarga su ánimo. Los ilicitanos celebran en fin, con todo el ardor que les presta su sangre africana y el sol abrasador que les alumbrá, las fiestas que más les entusiasman, las que dedican á honrar y reverenciar la Imágen de la Virgen que Dios les ha enviado como para resarcirles sus miserias presentes de sus grandezas pasadas.

Todos se dirigen con este objeto á la Santa Iglesia en donde aquélla se venera. Su inmensa nave resulta incapáz para contener la apiñada multitud que desde el alba agólpase á sus espaciosas puertas; y la continua lucha que allí libran por querer entrar los rezagados que quedan fuera, imprime á aquél mar humano movimientos de oleaje, de flujo y reflujo que imita el continuo ir y venir del Océano.

Vista desde aquellos balconcillos que rodean la cúpula y que parecen ser por su situación la antecala del cielo, simula aquella nave, por los colores vivos de los vestidos y mantones de Manila con que airoosas ocultan su lindo talle las ilicitanas, un campo inmenso de amapolas, margaritas y azucenas que doblan sus flexibles tallos al duro impulso del huracán. Y hace más completa la ilusión, el continuo agitarse de los abanicos que con el brillo de sus dorados y lentejuelas, imitan el abrir y cerrar de alas de pintadas mariposas que van buscando en aquel campo el néctar que han de libar... y que liban muchas veces

cuando apoyados en rojos labios ocultan la intención de una sonrisa, ó reclinados en nivea frente velan á medias el fuego de una mirada.

Acércase el momento más solemne de aquél acto. La Virgen resucita gloriosa el tercer día y eleváase al cielo por ministerio angélico. Y aquel público, hasta entonces movedido, parlero y alborotador, recógease en las soledades del silencio hasta el instante aquél en que viniendo Dios con vuelo de águila de las profundidades del infinito, corona á la Madre amantísima de su muy amado Hijo, como Reina de cielos y tierra.

En aquella escena, digna de los divinos pinceles de Rafael, el discípulo de Perugino, y de Fra Angélico, el célebre monje de Fiesole, el entusiasmo es frenético y embriagador. A aquél momento de calma ha sucedido una verdadera tempestad de vivas y aplausos, puras manifestaciones externas de la fé ardiente, de la adoración sin límites que todos sienten hácia la Virgen de la Asunción, que les protege bajo su amoroso manto. Fervientes plegarias brotan del corazón y se elevan á los cielos envueltas en nubes de incienso y en raudales de armonía, mientras que de las alturas cae, como bendición del Señor, una verdadera lluvia de oro sobre la cabeza de los concurrentes.

Aprovechando yo aquellos momentos de entusiasmo, que pueden servirme de excusa, me atrevo á unir mi voz á la del Obispo de la Habana, que, sirviendo de intérprete á los deseos de varias Iglesias, pidió en el concilio Vaticano fuera declarado dogma de fé el misterio de la Asunción de la Virgen (hoy tan solo piadosa tradición,) como lo fué el año 1854 el de su Concepción Inmaculada.

Yo bien sé que mi voto nada vale. Pero sé tambien que unido al de todo Elche y al de toda la cristiandad, puede ser el simbólico grano de arena que contribuye á la formación de la montaña de granito que se eleve orgullosa en el horizonte, ó á la del movedido suelo que se extiende en las profundidades de los mares.

Para terminar, y en apoyo de mi proposición, debo recordar que San Agustín decía con razón que le horrorizaba la idea de que el cuerpo purísimo y sin pecado de la Virgen quedara en la tierra sujeto á corrupción.

ALFREDO LLOPIS.

## À Nuestra Madre

Madre del alma, salud!  
¡Dios te salve amparo y guía!  
faro que á la patria mía diriges á la virtud.  
Tú que eres la bienhechora de este pueblo que te aclama no apagues nunca la llama vehemente y abrasadora de amor, que tu Sér inspira al que nació en la ciudad, que vive por tu bondad, y por tu nombre delira. Siempre nos salvas, Señora, de los azares del mundo, y el pueblo te dá, el profundo cariño con que te adora. Te ama con tal frenesí esta angusta población, que pierde hasta la razón cuando se trata de tí, y hasta quisiera, en su anhelo, al celebrar tu memoria, poner á tus piés la gloria que alfombra el azul del cielo, porque tú eres, Virgen pura, el rocío celestial, que repartes por igual el consuelo y la ventura, y con maternal amor

cuidas del viejo y del niño  
y en tu incesante cariño,  
limpio guardas nuestro honor,  
si algún pesar nos hostiga,  
y nos entristece el alma  
Tú sola nos das la calma  
que nuestras penas mitiga,  
y cuando ausentes de aquí  
nos amenaza algún mal,  
los hijos del palmeral  
dirigen la vista á tí,  
te piden, en su aflicción,  
que les tornes su contento,  
y tú, en las alas del viento  
les mandas tu protección.

No sé. Madre idolatrada,  
como podría explicar  
mi continuo malestar  
lejos de la tierra amada,  
porque en medio del bullir  
de toda ciudad hermosa,  
siempre nos falta una cosa  
que no nos deja vivir,  
y es, no poder admirar  
en esas grandes esferas,  
ese anillo de palmeras  
que en variedad portentosa  
están cubriendo la fosa  
que guarda á nuestros mayores.

Madre, ós juro por mi fé,  
que de este pueblo al partir,  
siempre suelo repetir,  
«Seño!! cuándo volveré?...  
llega la hora apetecida,  
diviso esta población,  
y se me abre el corazón  
y me siento con más vida.

Atiende pues este ruego  
que con fervor y humildad,  
te hace por esta ciudad  
el que te idolatra ciego,  
el que hoy quisiera cantar  
con inmarcesible acento,  
el prodigioso portento  
que en tí se puede admirar  
quien aquí tu amor pregona  
lo mismo que en tierra extraña.  
¡Viva Elche! ¡Viva España!  
¡Honor á nuestra Patrona!

LUIS LLORENTE AGUILAR-TARJADA.

## A MARÍA

Millares de veces ha sido saludada nuestra ciudad  
querida por el Rey de los astros, desde que en noche  
oscura sin timón y sin remos y envuelta entre cascada  
de brillantes, apareció en el mar, cual luminoso  
faro, la extraña embarcación que portadora fué de tu  
adorada Imágen.

Innumerables bandadas de alados ruiseñores han  
visitado ya nuestros hermosos bosques despues del  
radiante día en que corrientes, pájaros y flores, cele-  
braron tu entrada en el pueblo por tí misma elegido.

Han pasado las épocas, los siglos han trascurrido  
y han sido reducidas á polvo las generaciones y ni  
has dejado de ver corazones rendidos á tus plantas,  
ni los ilícitos hemos cesado de recibir tus más  
preciados dones.

Acepta los homenajes que hoy te rinde tu pueblo

querido y sigue dispensando tu protección á esta  
horizontal ciudad, en la que todos pronunciamos con  
entusiasmo y veneración las cinco letras que compo-  
nen tu dulcísimo nombre.

MILAGROS GÓMEZ DE NAVARRO.

Elche y Agosto 14 | 91.

## SENTIMIENTOS QUE EMBARGAN

El dolor y el placer, la tristeza y la alegría, dife-  
rentes tonos de insensible gradación, manifestacio-  
nes íntimas del sentimiento; pues que allí nacen, allí  
viven y allí mueren, no disponen de fitases para ha-  
cernos comprender su misteriosa acción. Por eso lo  
sublime del asunto sagrado que hoy todos nosotros  
celebramos; la media noche del día 13 y el acto gran-  
dioso de la Coronación, sellan nuestros labios y ha-  
ciendo estallar las esclusas del sentimiento, brotan  
en nuestra mente tristes recuerdos, lágrimas en los  
ojos, y desde el fondo de nuestro corazón, como ma-  
nifestación espontánea de cuanto sentimos y no po-  
demos explicar, un entusiasta y cariñoso ¡Viva nues-  
tra excelsa Patrona María de la Asunción!

S. POMABES.

## RUEGA POR NOSOTROS

Fué mi buena madre, por mí muy querida, aunque  
no tanto como yo lo fuí por ella, una santa mujer,  
cristiana y piadosa y amante hasta el delirio de  
aquellos pedazos de sus entrañas, que siempre acu-  
dimos á ella llamándola madre.

Ha muchos años que por desdicha mía la perdí  
pero no se ha borrado de mi corazón el recuerdo de  
su tierno amor, ni las dulces palabras con que supo  
en mi adolescente edad incalcarme el sagrado culto,  
la profunda veneración á esa Augusta Señora, Patrona  
de Elche y venerada Virgen de la Asunción á  
quien ella, la que me había dado el sér, sin recorda-  
miento, más sí con alborozo, hacia que la llamase yo  
Madre mía.

La palabra que más sonora fuese á sus oídos, la  
que más cadenciosa resonara en su pecho, la daba  
como en sublime sacrificio y no se le desgarraba  
el corazón al oír que á otra, que no fuese ella, la lla-  
mase yo -Madre mía...

Aquella madre, para la tierra muerta, pero en mi  
corazón viva, me enseñó á invocar en los contratiem-  
pos, en las desventuras, en los peligros, en la incer-  
tidumbre, en la oscuridad el poderoso auxilio de la  
Virgen de la Asunción.

Aquella misma madre, que ni para el amor de sus  
hijos aun fué egoísta, me enseñó tambien que cuando  
alguna vez en la vida en rápido vuelo cruzar viera al-  
gun girón de la dicha ó felicidad; cuando encontrase  
una honesta satisfacción, cuando sintiera un placer  
puro, que de rodillas, con los brazos abiertos y la  
mirada en el cielo fija, diese por ello las gracias á la  
Virgen de la Asunción.

Murió mi infeliz madre y desde entonces más se  
arraigó el amor y la fé á la que ella me enseñó á lla-  
marla Madre y así la invoque y en ella creo, porque  
si fuera todo fabuloso ó fantástico, para mí trocaráse  
en realidad al escucharlo con la convicción que tan-  
tísimas veces me lo dijera, lo que sintió rasgarse su  
cuerpo para darme la vida.

La madre es un ángel, una profetiza; conoce lo pa-  
sado y penetra en lo porvenir.

La madre cuando dice lo que siente, no puede en-  
gañar á un hijo.

Así, madre mía, adorada Virgen de la Asunción,  
como os doy rendido gracias mil por la para mí pre-  
ciosa vida de mis idolatrados y pequeños hijos, á  
quienes procuraré hacerles sentir el sagrado amor  
hacia Vos; del mismo modo acudo á vuestro inmenso  
amparo, como hijo de este tu querido y predilecto  
pueblo, porque solo Vos que sois magnánima y ex-  
celsa podeis interceder por él, cual lo necesita, y os  
digo «Madre nuestra, ruega por nosotros, no solo  
para conseguir la salvación eterna, sino tambien la

terrenal de esta nuestra patria, que parece ha tiempo  
dejada de la mano de Dios.»

A. GIMENEZ.

## Bendito sea tu nombre

Hoy es el día de nuestras alegrías.

Bendita seas, madre querida: Bendito sea tu nom-  
bre.

Tu día y tu nombre envuelven todo el entusiasmo  
de nuestro amor por tí.

Amor filial puro como tu aliento, grande como tu  
poder, infinito como tu misericordia. Amor, que te-  
niendo como sólida y granítica base la cariñosa en-  
señanza de nuestros padres, perdurará en el corazón  
de los que consideran, tan inmenso como su cariño,  
la inapreciable fortuna de ser tus elegidos.

Tu nombre es el primero que aprendemos á balbu-  
cear, merced al cuidado y al interés maternal: Tu  
nombre nos sirve de poderoso lenitivo, cuando, abru-  
mados por el pesar, sufrimos de la vida los reveses:  
él nos alienta en la adversidad; es la primera exclamación  
cuando nos rendimos bajo el peso de la pena  
que consume y espontáneamente se escapa de nues-  
tros labios, como en recuerdo de gracias, ante el  
acontecimiento que agradablemente nos sorprende;  
su memoria nos sirve de suavísimo, á la par que po-  
deroso freno, que nos aparta del camino de la ten-  
tación; y así, te nombramos en la angustia y en el go-  
zo, en el dolor y en el placer, en la desgracia y en la  
felicidad, al reír y al llorar, al abrir los ojos á la luz  
del día y al cerrarlos en busca del nocturno descanso.

Pero siempre en estas antitéticas variantes de la  
humana naturaleza, te nombramos con respetuoso  
cariño: Bendito sea pues tu hermoso nombre cuya  
bienhechora influencia calma nuestros sinsabores y  
aumenta nuestras delicias: bendito sea tu nombre  
que pronunciamos en los albores de nuestra vida y  
se escapa de nuestros labios con nuestro último suspi-  
ro, formando así como un purísimo paréntesis den-  
tro del que se encierra la vida de cada uno de los  
hijos de este Elche de nuestras históricas glorias; de  
este Elche que guarda los recuerdos de nuestra in-  
fancia, que alegran, que hacen reueneros de los muer-  
tos queridos, que hacen envejecer; de este Elche  
de cuyo ardiente suelo brotan llamas de tiernísimo amor  
hacia tí, en que se abrasan tus ilícitos hijos, de-  
mostrándote de este modo su gratitud por tu predi-  
lección.

Bendita seas madre nuestra.

Bendito sea tu nombre.

P. LLORENTE.

## NOTAS LOCALES

La Redacción de EL ECO LIBERAL se asocia al ge-  
neral regocijo de este día y da las gracias más ex-  
presivas á todas las personas que, galantemente, han  
respondido á la invitación de nuestro Director al su-  
pliarles que honraran las columnas de nuestro se-  
manario con trabajos dedicados á nuestra Patrona.

Tambien saluda á los numerosos y queridos ami-  
gos que ausentes de su tierra han venido á festejar á  
la Virgen de la Asunción.

Perdonen nuestros ahondos si hemos retirado hoy  
todos los sueltos políticos y locales. Esto ha respon-  
dido á la necesidad de dar cabida á los trabajos que  
estas firmas honran hoy nuestra publicación.

Respondiendo á nuestra invitación, nuestro dis-  
tinguido paisano el Ilmo. Sr. D. Antonio Antón Pe-  
ral Magistral de la Metropolitana de Granada, nos  
envía á última hora el siguiente telegrama:

(Granada 13 (10:50 L.)

Participo entusiasmo patria amada obsequiando  
Patrona amadísima.

ANTONIO.